

Una nueva traducción de la *Metafísica* de Aristóteles¹

JUAN DE DIOS BARES*

La editorial Gredos ha puesto a la venta una nueva traducción de la *Metafísica* de Aristóteles, la obra filosófica tal vez más decisiva en la historia de la filosofía occidental. La traducción, introducción y notas corresponden al Prof. Tomás Calvo Martínez, catedrático de Metafísica de la Universidad Complutense, que había publicado ya una celebrada versión del *Tratado del Alma* de Aristóteles, y que es autor además de numerosos trabajos referentes a la filosofía aristotélica, director de otros tantos, y una figura clave en los estudios del pensamiento antiguo en este país.

La aparición de una nueva versión de un texto clásico tan central es un acontecimiento que llama la atención de todos aquellos que nos dedicamos al estudio del pensamiento antiguo o de la cultura clásica en general. Piénsese en la decisiva revolución que supusieron para Occidente la aparición y difusión de las primeras versiones latinas en la Edad Media. Un texto bien traducido pasa a formar parte de las adquisiciones espirituales de una cultura, abre las puertas del diálogo a aquellos que quieran enfrentarse con él. Este diálogo con el texto fundamental de Aristóteles era hasta ahora sólo parcialmente posible.

La aparición de esta nueva traducción no es un hecho aislado. Afortunadamente, este país ha contado desde hace varias generaciones con preclaros helenistas que nos han brindado excelentes textos castellanos de los principales clásicos del pensamiento antiguo. Los Presocráticos, Platón, Aristóteles, Cicerón, Epicteto, Epicuro, Lucrecio, Plotino, etc., cuentan, total o parcialmente, con una presencia más que digna en nuestra lengua. Quedan lagunas importantes, especialmente los estoicos, el pensamiento científico, el medioplatonismo, etc. Hay, en suma, mucho hecho y queda también mucho por hacer.

La situación es la misma en el *Corpus Aristotelicum*. Contamos con magníficas versiones de las obras claves del Estagirita. La *Ética a Nicómaco*, la *Política*, la *Poética*, la *Retórica* y la *Física* (de ambas han aparecido traducciones recientes), la *Constitución de los Atenenses*, los *Tratados Breves de Historia Natural*, el *De la Generación y la Corrupción*, la *Historia de los Animales*, etc. Esperamos todavía que sean adecuadamente vertidos a nuestra lengua, sin embargo, muchísimos textos de tan inmenso *Corpus*, entre otros, los *Fragmenta*, el *De Partibus Animalium*, y tal vez sea necesaria una revisión a fondo del *Organon*. Se trata, pues, de una empresa que todavía está en curso, y que es de esperar que avance con rapidez, a juzgar por el ritmo de publicación de importantes traducciones en los últimos años. Esperamos que los tiempos indigentes para los estudios clásicos que se avecinan en este país no interrumpen este acceso de los clásicos a nuestro horizonte espiritual.

Pero vayamos a la *Metafísica*. No puede decirse que haya sido desatendida por nuestros filósofos y helenistas en los últimos tiempos. A lo largo de este siglo se escalonan una decena de traducciones, unas más cuidadas y rigurosas, otras menos. Todas han tenido de todos modos su

* Dirección: Facultad de Filosofía. Av. de Blasco Ibáñez, 21. 46010 VALENCIA.

1 Aristóteles: *Metafísica*. Introducción, traducción y notas de Tomás Calvo Martínez, ed. Gredos, Madrid, 1994, 583 pp.

importancia, y hasta aquellas que se han limitado a castellanizar versiones extranjeras han ayudado a la difusión de la filosofía aristotélica.

Ahora bien, no todas las traducciones son igualmente útiles al especialista que desea trabajar en filosofía antigua. A mi juicio, exhiben un nivel técnico digno de consideración al menos dos de ellas, la de V. García Yebra, publicada en 1970, y la de H. Zucchi, en 1978. Ambas traducciones son, por lo general, correctas. Y sin embargo, está más que justificado el esfuerzo de uno de nuestros mejores helenistas durante más de una década alrededor de este texto. La primera razón es que no hay traducciones definitivas. Una traducción es una interpretación y refleja la comprensión que un autor, y con él su época y su generación, tienen de un texto. La interpretación no puede ser algo estático, cambia al cambiar los intereses, las mentalidades, los usos lingüísticos y su valoración. La comprensión de un autor no es algo muerto e intemporal, sino algo tan vivo y cambiante como la cultura misma. Aunque por sus características parece destinada a permanecer vigente durante largo tiempo, la traducción del Prof. Calvo tampoco será, a buen seguro, la última en nuestra lengua. Creo, por tanto, que para calibrar adecuadamente la importancia de la aportación del Prof. Calvo es preciso contemplar su trabajo desde la perspectiva de las traducciones anteriores, cuyas virtudes han permitido nuestro conocimiento de Aristóteles, y cuyos defectos han reclamado la aparición de esta nueva obra.

La traducción de García Yebra es, sin lugar a dudas, un trabajo estimable en su género. Es un especialista en las versiones latinas de la *Metafísica*, que ha editado y comentado con erudición. Su versión de la *Metafísica* en la Ed. Gredos es trilingüe, y presenta, junto al texto griego y castellano el latino de G. de Moerbeke, que fue el adoptado por Tomás de Aquino. La traducción de Moerbeke es tan fiel que vale, como es sabido, por un manuscrito del texto aristotélico. García Yebra le sigue de cerca en el espíritu y en la letra. Dada la importancia de esta versión latina en la escolástica, el tomismo, y posteriormente en el racionalismo continental, adoptar sus decisiones dista de constituir un desatino. La obra de Moerbeke es la mejor traducción literal de la *Metafísica*, hecha en una lengua, el latín, cuya terminología filosófica se modeló sobre la base del influjo griego. Los hispanohablantes podemos aprovechar bastante todavía hoy de los esfuerzos de aquella traducción, si bien no contamos con las posibilidades de concisión y la cercanía al griego de nuestra lengua madre. Un hecho significativo, sin embargo, es que Moerbeke no tradujo toda la *Metafísica*. La falta de los libros M y N, —que García Yebra reemplaza por la traducción de Besarión— no es un mero azar histórico: los temas de la discusión con la Academia y los aspectos matemáticos a los que concierne eran ya ajenos a la mentalidad medieval.

La versión española que comentamos, correcta y cuidada, es adecuada para aquellos que acudan a Aristóteles como fuente del pensamiento medieval y sus desarrollos posteriores. Pero no podemos olvidar que esta tradición, rica, y de la que nadie quisiera prescindir, tiene también sus limitaciones, y es necesaria una justa distancia para con ella, si es que lo que nos interesa es comprender a Aristóteles y no a Santo Tomás, pongo por caso.

El texto de esta traducción se resiente de su excesiva cercanía al modelo latino. Es rígida, difícil de leer y algo oscura en ocasiones. La concisión del original se vuelve lapidaria, alejada tanto del estilo aristotélico como del gusto moderno. Lo que eran términos de nueva creación se ven vertidos por términos de larga historia llenos de distingos escolásticos. Palabras como "sustancia", "ente", "quididad", aparte de sus limitaciones, llevan al lector a un ambiente que no es el de los paseos y clases del Liceo y la Academia, hasta tal punto, que el estilo y las decisiones terminológicas llegan a volverse una costra bajo la que hay que bucear para llegar a Aristóteles. Es, con todo, una traducción aceptable para los libros centrales de la *Metafísica*, y poco útil si lo que nos interesa es

reconstruir las relaciones con Platón y sus contemporáneos y el pensamiento anterior. Si queremos estudiar a Aristóteles en el contexto de la filosofía clásica, que no ha sufrido la profunda elaboración terminológica y doctrinal que la *Metafísica*, esta traducción se vuelve un estorbo. Inténtese, si no, trasladar el τί ἐστὶ de los Diálogos platónicos por quiddidad, u οὐσία por sustancia en la *República*, y sin embargo, Aristóteles y Platón desarrollaron su pensamiento, aunque desde posturas diferentes, en un horizonte común.

Una traducción, pues, que habría encontrado una más justa recepción en el panorama filosófico español si se hubiera publicado veinte años antes, cuando dominaban la escena adalides del pensamiento neo- y paleotomista. Ya en los años setenta, la realidad y los intereses del diálogo con el pensamiento aristotélico eran otros —piénsese, por ejemplo, en el excepcional trabajo de Gómez Pin sobre *El Orden Aristotélico*— y más allá de nuestras fronteras, en los otros países de habla hispana, esto era aún más patente.

Por eso no es de extrañar la aparición de la traducción de H. Zucchi, que se proponía hacer más comprensible el texto, y actualizar el lenguaje para adecuarlo a la mentalidad moderna. Se abandonaba la pretensión de presentar un texto intemporal, un clásico marmóreo y difícil de manejar, con lo que se mostraba una recta comprensión de qué es una traducción y cuál es su papel. La literalidad excesiva y por norma puede llegar a oscurecer el texto, se puede llegar a traducir sin entender, y, a buen seguro, en ese caso tampoco entenderá el lector. La obra de Zucchi fue, pues, una bocanada de aire fresco, a la que personalmente tengo mucho que agradecer. La crítica despiadada que García Yebra hace de ella en el prólogo de su segunda edición es profundamente injusta. El problema es que Zucchi entiende las más de las veces el texto, pero no parece disponer de unos criterios definidos a la hora de verter al castellano el sentido de la obra. Hay una distancia errática para con el original, que va desde una extrema literalidad a amplias paráfrasis que hacen sentirse inseguro al lector especializado, sobre todo si no se tiene un dominio suficiente del griego como para cotejar con el texto original. Hay, junto a hallazgos felices, signos de apresuramiento, omisiones, insuficiencias, oscuridades y errores, y hasta términos sin traducir («ousía», «lo que es ser esto», etc.). El conjunto ofrece, pues, el aspecto de un taller, una obra en esbozo, rica, pero imperfecta en muchos puntos.

La Traducción de Tomás Calvo contiene, a mi entender, lo mejor de las que le han precedido, al tiempo que intenta remediar las insuficiencias de sus antecesores. La traducción es literal, en el buen sentido de la expresión. Una obra de este tipo no debe alejarse del original, pero es preciso evitar el límite de la transliteración, que ya no es traducción, sino repetición mecánica. El Prof. Calvo, siempre cercano al texto griego, no teme añadir palabras explicativas o dar rodeos cuando la inteligibilidad del texto y el estilo lo requieren. Los peligros de la excesiva literalidad se ven conjurados por el intento de restablecer la frescura y el sentido original del texto. La terminología, y no sólo la terminología técnica, de la que a fin de cuentas está al tanto el lector avisado, está actualizada, el estilo de la argumentación es llano, y las palabras empleadas usales y accesibles, exprimiendo, eso sí, los múltiples recursos de nuestra lengua cuando se hace necesario. Es una traducción accesible, que se deja leer sin requerir un esfuerzo adicional al de la propia tensión del pensamiento aristotélico, sin alejarse por ello con exceso del texto griego. El autor cuida, no sólo las palabras aisladas, sino los argumentos, respetando con precisión los matices mediante un empleo hábil de las posibilidades de nuestras conjunciones y partículas ilativas en castellano. La visión de conjunto prima en cada una de las frases, y se ve ayudada por la presencia de los epígrafes clásicos que ayudaban a la partición del texto en capítulos dentro de cada libro —y que, entre corchetes, no inducen a error—. Con todo ello lo que se gana es, fundamentalmente, claridad.

La traducción no se refugia en el respeto a la literalidad más allá de lo necesario, interpreta el texto dejándolo abierto, y es en ocasiones valiente, polémica y decidida. Uno de los ámbitos en que esto se deja notar, y que es posiblemente el que más llama la atención, son las decisiones en la traslación de los términos técnicos. La terminología escolástica ha recargado el sentido original de las palabras aristotélicas, y no es fácil dilucidar cómo puede prescindirse de ella —siempre parcialmente, claro está—, sin caer en una extrañeza tal que haga ilegible el texto. El Prof. Calvo resuelve de modo óptimo este difícil problema, que atañe justo a la entraña de la inteligibilidad de la *Metafísica*. Sus decisiones no son ejercicios aislados de ingenio sobre palabras sueltas, sino que están dictadas por el contexto de uso de los términos y los avances en la exégesis, y, sin olvidar los hábitos ya establecidos, no teme orillarlos en aquellos casos en que, por más que estén asentados, son altamente disfuncionales.

Comentaremos brevemente algunas de sus decisiones más importantes. El Prof. Calvo es un decidido partidario de traducir οὐσία por «entidad». Ciertamente, como ya advertía J. Owens, ninguna de las traducciones tradicionales para esta palabra es satisfactoria. «Sustancia» es adecuada para uno de los sentidos del término, pero no para la forma incorporada en la materia que es además el fundamental en la *Metafísica*. «Esencia» —essentia—, por su parte, hace referencia al aspecto inteligible de la οὐσία. Pero la οὐσία no es sólo aquello que captamos como esencial en las cosas. El mismo Sto. Tomás hablaba ya de la ininteligibilidad de la οὐσία, que ha de ser inferida a través de sus accidentes propios. En los libros centrales de la *Metafísica*, la οὐσία es el individuo en tanto que universal, o el universal en tanto que individuo concreto. Además, esencia se opone semánticamente a existencia, oposición que no existe en griego. Por todo ello, el prof. Calvo respeta la decisión tradicional de reservar «esencia» para τὸ τί ἦν εἶναι. La traducción de οὐσία por «entidad» cuenta en su contra con la falta de antecedentes en la tradición latina. Pero esto puede ser justamente una ventaja, puesto que nos permite disponer de una palabra relativamente «inocente» en el conjunto de la tradición filosófica, que evita el peligro de falsas asociaciones. Y no es una decisión aislada que arriesgue la inteligibilidad de la obra, toda vez que el prof. Calvo se ve acompañado en ella por Owens y, en el ámbito castellano, García Gual.

Por otra parte, esta nueva traducción propone «qué es» para τί ἐστίν, y «lo que es» para τὸ ὄν —juntamente con el empleo del indefinido «algo que es» para ὄν sin artículo—. Lo primero respeta la forma proposicional de la expresión griega, sin recurrir a términos tan ajenos como «quididad» —por muy etimológicamente adecuados que sean—. Lo segundo evita el empleo del término «ente», excesivamente cargado de historia en nuestra lengua y en la tradición latina, y que además ha perdido la relación con el verbo ser en la mentalidad de un hablante medio del castellano. Esta decisión por sí sola, hace altamente legibles muchos pasajes de la *Metafísica*. Claro está, hay que pagar un precio por tan evidentes ventajas, «lo que es» ya no es un participio y está lejano morfológicamente de la estructura de un sustantivo, y se plantean dificultades en expresiones concretas, como es el caso en algunas formas negativas, o en fórmulas célebres como τὸ ὄν ἢ ὄν, «lo que es en tanto que algo que es», donde «algo» oscurece el sentido predicativo del segundo participio presente griego, induce a suponer la presencia en el original griego de un inexistente τι, y, a mi juicio, está de más. Los problemas son, sin embargo, menores que las ventajas, y el Prof. Calvo aplica estas decisiones al conjunto de la obra con muy buenos resultados.

Se opta por una traducción más directa de las expresiones aristotélicas para la causa final y eficiente («aquello para lo cual», οὗ ἕνεκα, «de donde proviene el inicio del movimiento», ὅθεν ἡ ἀρχὴ τῆς κινήσεως). En aquellos casos en que se hace preciso traducir, en función de los diferentes contextos, por diferentes palabras un mismo término griego (δύναμις, ἐνέργεια, λόγος,

ἔξις), ello se lleva a cabo con rigor y regularidad, sin introducir más variaciones de las necesarias y sin olvidar jamás las decisiones anteriormente tomadas. La pulcritud con que el Prof. Calvo cuida la traducción de los términos técnicos (εἶδος, «forma», e ἰδέα, «idea»; νοήσις, «entendimiento», y νοῦς, «pensamiento», respectivamente) es una de las más altas virtudes de su trabajo. El mero hecho de atender a este aspecto y seguir sus decisiones es altamente formativo para el lector, y constituye una prueba más de la maestría con la que el traductor efectúa su tarea.

No quisiera acabar esta breve reseña sin aludir, siquiera brevemente, a las notas. La *Metafísica* no es una obra inteligible de por sí. Su carácter fragmentario, y el hecho de haber sido editada tantos siglos después de que sus páginas hubieran sido escritas, hacen necesaria una gran cantidad de información adicional, y ésta es la primera edición anotada de esta obra en castellano. Las notas son, tal vez, lo mejor del trabajo. Aunque el autor se queja de no haber contado con más espacio para ellas, su extensión es la justa. Son lo bastante prolijas como para acompañar al lector, sin incomodarle por ello con alardes de vana erudición. Están enteramente dedicadas a aclarar el texto, mostrando su articulación, aclarando oscuridades, desplegando posibilidades de interpretación, sin distraer la atención más allá de lo necesario. Se dejan notar aquí la extraordinaria capacidad sintética del Prof. Calvo, y la experiencia acumulada tras largos años de lectura compartida con alumnos y discípulos alrededor de estas difíciles páginas.

En suma, esta edición de la *Metafísica* de Aristóteles es la mejor que se ha realizado en nuestra lengua. Es clara, precisa, legible, rigurosa, y sin embargo, interesante, atrevida y polémica a la vez. Late bajo ella el vigor de una auténtica interpretación del pensamiento aristotélico, actual y coherente. Constituye, sin duda, una magnífica herramienta de trabajo para los especialistas en filosofía antigua al tiempo que hace accesible al lector medio una de las más complejas e importantes obras de la tradición filosófica occidental.